

«Ahora me rindo y eso no es todo»

Jorge Herralde, editor emérito de Anagrama, no se prodiga en los actos de presentación de novedades de la editorial, tarea que deja en manos de Silvia Sesé, actual responsable de esa tarea. Por eso cuando le encontramos en alguna de estas ocasiones es porque con seguridad el autor de que se trata tiene una particular relevancia. De ahí que Herralde no sólo acudiera a la presentación de «Ahora me rindo y eso es todo» del escritor mexicano Álvaro Enrigue, sino que además tuviese palabras muy elogiosas sobre esta novela y, en general, sobre el conjunto de toda su obra. A ello contribuyó Sesé, quien indicó que el texto de Enrigue es como un cesto en el que confluye muchos ingredientes y distintas tradiciones literarias.

El autor explicó que «Ahora me rindo y eso es todo» es, en realidad, un conjunto de tres libros con una estructura parecida a la de Cervantes y San Agustín, que son los pilares sobre los que asienta la escritura

moderna. Definió el primero como un «espagueti western», muy mexicano, con una deriva política; el segundo narra la situación de tránsito que vive la región indómita que fue la Apachería, la patria de los apaches, que no pudo ser sometida durante la colonia y se enfrentó con la nueva república y el emergente poderío norteamericano. Está situada en La Mesilla, una zona fronteriza entre México y Estados Unidos que el general Santa Ana vendió a este último país. El tercer libro se inicia tras la derrota de los insumisos en el Cañón de Guadalupe y su posterior destierro en Florida. «Es una novela -añadió- que empieza muy mexicana y acaba muy gringa».

La conversación adquirió luego perfiles más personales cuando Enrigue se reconoció como el niño que fue educado en un nacionalismo mexicano «socialista hacia fuera y capitalista hacia dentro», lo que le permitió conocer las servidumbres y falsedades de este sistema y llegar a la conclusión que no le gustaban en absoluto las naciones ultra identificadas en sí mismas, como fue el caso del país de su infancia, con aportaciones como las de Rulfo y Diego Rivera. «Las identidades nacionales son creaciones imaginarias» afirmó, para defender seguidamente la transversalidad y cosmopolitismo de un Méjico, que desde el siglo XVI fue puente entre Europa y el Extremo Oriente por la vía de Veracruz y Acapulco. «La antigua Nueva España fue un país que estuvo siempre abierto al mundo».

Y, en fin, acabó explicando cómo contempla trabajo de escritor: «Para mí la literatura ha sido siempre una conversación con los lectores».

